

Él no estuvo en los momentos más difíciles de su vida. No la quería lo suficiente. Enterarse de la muerte de sus padres fue muy traumático; pero habría de recuperarse porque tenía dos apoyos muy fuertes: Justina y el abogado.

## EL DESPERTAR

Durante doce años había vivido en la dulce inercia de que él, su marido, era bueno. En cuanto habían vuelto de la llamada "luna de miel" en la cual Ernesto se la había pasado de llamada en llamada para checar la oficina y de queja en queja, porque sin su presencia no marchaban igual las cosas, Marisa se había puesto una venda sobre los ojos y sobre los oídos, para así sólo ver y escuchar lo que ella anhelaba y no los exabruptos de su esposo.

El hombre al principio se portó cauteloso; poco a poco fue dando a conocer su personalidad de incomprensible e incomprensivo. Un día se levantaba sin saludar, otro no avisaba que faltaría a comer, otro más veía irritado sin ser visto, y después, levantó la voz para ya no bajarla.

Ella no disminuía la guardia, es decir, ese enmascaramiento utilizado como estrategia para que sus gritos no le llegasen. Lo fue viendo como un forastero de paso, en su rica imaginación nació la idea de que Ernesto no era malo, sino que estaba confuso por el cambio de estado civil.



Después de justificar sus desplantes vistos y oídos de lejos, y por ello atenuados, decidió emplear esa máscara invisible para

evitar una ruptura que le provocaría vergüenza por el corto tiempo que llevaban de casados.

El primer aniversario, bodas de papel, hubiera pasado sin que se dieran cuenta, a no ser por la llamada de su madre, quién preguntó si la iban a pasar solos. Ella contestó que Ernesto tenía mucho trabajo y la iban a pasar solos por decisión de ambos.

Al llegar el segundo aniversario quiso celebrarlo doblemente ya que el médico le confirmó sus sospechas de embarazo. Lo esperó arreglada y con la mesa puesta, pero él no llegó a buena hora. Por la noche, desencantada, se puso en bata y encendió el televisor para ignorar su transmisión. A media noche, recostada en su cama alcanzó a oír el rechinido de la puerta al abrirse.

De inmediato cerró los ojos; sabía que no venía del trabajo, de ningún bar porque era abstemio, y la interrogación apareció como resulta el producto después de multiplicar dos factores: ¿entonces? y se plantó en su frente, pero ella la mandó a volar en cuanto su mano rozó su vientre. Sí, por su bebé, era capaz de soportar su desgano.



Otro día, al darle la noticia, ni siquiera buscó su rostro para ver cómo la tomaba; la máscara como buen intermediario hizo su

función. Él se fue al trabajo, no mencionó una palabra; si ella lo hubiera visto, habría leído en sus ojos: Es tu problema.

Los meses pasaron raudos y Marisa trajo al mundo una hermosa niña de cabellos rubios. Ernesto se veía contento, aunque intrigado; en su familia y en la de Marisa, todos eran de piel oscura.

Al paso de los años, la niña creció sana y fuerte; su inteligencia superaba a la de los niños de su edad y pronto comprendió el calvario de su madre. A los siete años ya le había escrito una carta a Santa Claus para que en vez de regalos le mandase muchos kilos de cariño para que sus padres y ella pudieran repartírselos.



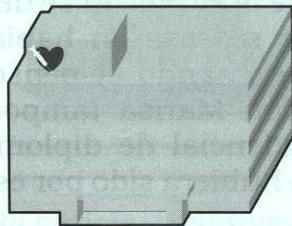
Angelita fue aún más lejos; a los doce años habló con sus padres por separado y les pidió que si ya no se amaban, se dejaran. Su padre le respondió que la situación se debía a los achaques de su madre, quien desde que se casaron había adoptado una actitud pasiva e indiferente, que cuando él pensó en la separación, ella resultó embarazada. Con Marisa tampoco le fue tan bien a la chiquilla que quería credencial de diplomático. Ella confesó su estrategia y dijo que si no hubiera sido por eso, se hubiera separado y quizá ella no existiera.

Mucho lloró Angelita en la soledad de su cuarto ante la incompreensión de sus padres. Ella sólo pedía que fueran como los de otros niños: acudieran al cine, al parque, a restaurantes, a fiestas juntos y sonrientes; que en su casa hablaran y se mostrasen su cariño, y que ella también fuese tomada en cuenta.

La "familia" siguió como de costumbre y Angelita se restringió a sus tareas escolares. Los adultos olvidaron que el destino de ella aún no estaba delineado.

La niña, derrotada en sus trámites reconciliatorios, comenzó a perder el apetito y las ganas de vivir. Cuando la madre percibió su amarillento color, la llevó al médico quien diagnosticó una anemia profunda difícil de curar.

Como loca, Marisa olvidando la tortura que había sido su matrimonio, corrió a buscar a Ernesto para que supiera la gravedad de su única hija. Ernesto le dijo que la había rodeado de comodidades y ni siquiera había sabido proteger a su hija. Fue en ese momento crítico que Marisa dejó caer la venda llevada por tanto tiempo y lo vio tal cual era: egoísta, frívolo e irresponsable, pero eso sí, acarreador de lo necesario para el "hogar". Armándose de valor, le increpó: -Yo salvaré a mi hija, pero tú no volverás a vernos. La mujer salió tragándose las lágrimas y con su dolor a cuestas.



Fueron muchos días en el hospital, la niña no daba muestras de recuperación. Una noche, en que Marisa creyó que su hija dormía, con voz quebrantada fue contando su martirio, y al terminar, agregó: -Daría gustosa mi vida por la tuya, hijita de mi corazón. A la mañana siguiente la luz solar inundó el cuarto donde ambas apenas despertaban; la madre miró a la niña y ésta le sonrió. La madre se llenó de gozo.

Cuando Angelita cobró fuerzas para caminar, hablar y soñar, fue dada de alta y su madre arregló pasaportes y preparó equipaje porque se iban a vivir con su tía que vivía en Houston.

Marisa hubo de trabajar y de ayudar en los menesteres propios de la casa, pero estaba tranquila porque ya vislumbraba el sol de la felicidad al ver a su hija cada día más bonita y más sana.



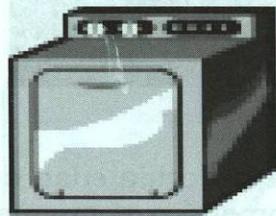
Allá llegó Angelita a la florida edad de las ilusiones y conoció del amor, mas ella se prometió a sí misma no despertar tan tarde como su madre, ya que había aprendido a reaccionar a tiempo para no tener que sufrir las consecuencias de las reacciones tardías.

### Víctima o Verdugo.

Desde que enviudó, Don Fernando cambió todos sus hábitos. Antes recibía con parsimonia todas las atenciones de Barbarita, pero en su triste ausencia, debía tomar cartas en los asuntos pendientes y cotidianos como pagar los servicios, ir por su pensión cada mes, comprar comida enlatada y leer los periódicos atrasados. Le dolía su soledad pero por orgullo no había de hacerlo público.

Por lo mismo hubo de dejar de ir a la jugada (póquer) para evitar escuchar el: ¿Cómo te sientes? Pobre Barbarita tan buena que era; y el penoso, ¿Estás durmiendo bien, Fernando? Esto le sonaba a reclamo de campanas para su conciencia. Sólo habían tenido un hijo, Luisito, que nació con un problema de asma que ningún médico pudo remediar y esa fue la razón por la que partió de este mundo sin conocer sus defectos y dolencias.

De pronto su vida dio un giro brusco e inesperado, ellas llegaron silenciosas e invadieron la lavandería.



La señora que le hacía un aseo por semana le comentó: -Ésas vienen y van por toda la colonia, solas vienen y solas se van. Pero no fue así, permanecieron el verano e incluso llegaron vivas al invierno.

Primero lo tomó como diversión, mas después las vio como testigos de su intimidad y se dijo: -Las observaré hasta dar con su debilidad. Pasaron meses y la visita no se iba. Comenzó a indagar qué hacían los vecinos, pero éstos le dijeron algo parecido a lo de su ayudante. En las mañanas las miraba intrigado; dejó de consumir el pan de dulce e incluso el azúcar del bote lo tiró por el resumidero. En el mercado le dijeron que probara el pinol o la pimienta, después de usarlos se dio cuenta que ellas persistían.

Pronto comprendió que como sanguijuelas se metieron a otros cuartos de la casa y llegaron a su habitación. Don Fernando no podía creerlo, cómo se atrevían a profanar su dormitorio. Se le ocurrió la idea, una mañana que en vez de desayunar se puso a seguirlas, de localizar su escondite. Se dio cuenta que deambulaban con destreza y ritmo; como profesor de matemáticas se sintió atraído por atrapar una y medirla.

La cifra era insignificante, pero con avidez tiró la cinta al suelo para calcular cuántas eran; después de medir la larga fila de ida, multiplicó por dos, porque

unas iban y otras venían en líneas paralelas, y en seguida, por lo que había medido la cautiva, y se dio cuenta que era una cifra bastante notoria. Luego le entró la duda del peso; raudo fue por la báscula que utilizaba Barbarita cuando se ponía a dieta y para su asombro, al colocar un ejemplar en ella, no registró ningún gramo.



Habiendo hecho estos descubrimientos se bañó de prisa y buscó a Julio, vecino suyo, para dárselos a conocer. Julio le dijo que no le parecía importante sus

investigaciones y que no había bicho resistente al ácido bórico. Don Fernando, ya enajenado volvió a su casa para observar varios ejemplares en la báscula, pero en la medida que las ponía, ellas bajaban con una facilidad extrema.

Salió al patio y recogió una hoja del montón que había en la basura y sobre ella, montó todas las que pudo atrapar.



Después hizo las operaciones pertinentes: rebajó el peso de la hoja, dividió entre las treinta y dos que había atrapado y habiendo obtenido el peso de un ejemplar lo multiplicó por las que conformaban las filas paralelas y llegó al peso real. Satisfecho de sus acciones, por la noche fue al café donde jugaba póquer con otros jubilados y comentó sus actos.



Los compañeros le oyeron con una respetuosa atención y le invitaron a jugar, pero él se disculpó y volvió a su casa.

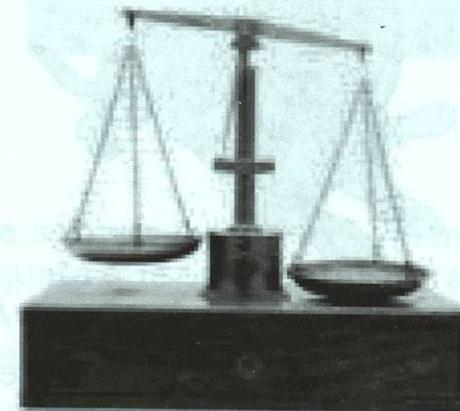
Esa noche, don Fernando durmió bien. Otro día se levantó temprano y decidió ya no poner atención en las inmigrantes; después de tomar un relajante baño y un ligero desayuno decidió ir a la farmacia a comprar el ácido bórico. Ya no quería pensar más en las intrusas y se dijo: - Lo tendré preparado y lo usaré en su momento.

Caminó por el centro, cuando sintió hambre entró a un restaurante y después de comer buscó una tienda para comprar un salero.



Cuando llegó a su casa vació el ácido bórico en el salero y lo dejó sobre la mesa. Sus pequeñas exploradoras no volvieron esa noche ni otro día. Pensó que a lo mejor habían intuido el peligro. Ya habían pasado semanas para cuando don Fernando se convenció de que ellas no volverían y empezó a sentirse indispuerto sin conocer la razón de su mal. No quiso acudir al médico y fue dejando la vida poco a poco.

Fue la señora que le hacía el aseo semanal la que lo encontró en la cocina, tirado en el suelo y cubierto totalmente su cuerpo de hormigas. La mujer exclamó: - ¡Pero qué han hecho, montoneras! Qué lejos estaba de saber lo que pasó y de lo que le esperaba a ella dada la ineptitud policíaca.



## EL PATIO

Sentado en aquella mecedora, el abuelo disfrutaba del suave viento matutino, leía los diarios locales y tomaba su taza de café negro y sin azúcar. Su paz se veía acariciada por el aroma de un viejo jazmín que aún florecía y la cercanía de su querido y fiel guardián: el "Trote".

Desde su esperada y escatimada jubilación, había tomado ese espacio para pensar, recordar y saborear los días felices antes de su viudez. Cuánto lamentó la muerte de su esposa, su comprensión, su presencia siempre oportuna, y sobre todo, la paciencia con que lo atendía en los momentos de desconcierto o de enfermedad.



Ahora sin más compañía que la del "Trote" y una vecina que acudía a realizar la limpieza y la comida cada

tercer día, lo único que rompía su soledad eran las llamadas del nieto consentido: Tomasín. Éstas se iban a espaciar porque su hijo Federico se había quejado de la cuenta telefónica y al parecer iba a ocupar medio servicio: sólo recepción de llamadas.



Trataba de sonreír cuando la vecina le decía no sin cariño: -No me gusta que esté tantas horas solo en el patio, don Samuel. A lo que él respondía en silencio:- cómo si dentro de la casa no lo estuviera.



En el patio escuchaba las urracas, le gustaba su largo plumaje, tan largo y fino, que a veces por la luz solar, adquiría tonos azulados, cuando no tornasolados. En ese pedazo del mundo se sentía a sus anchas; también caminaba a su alrededor contando el tiempo, porque el médico le había recomendado la caminata contra sus dolores reumáticos.

Súbitamente su solar se vio invadido por inoportunas pláticas de su hijo el mayor, éste había contraído fuertes deudas debido a los grandes gastos que ameritaban los estudios de sus hijos, quienes los hacían en el extranjero. Su departamento y la casa que le dieron al casarse, donde ahora estaban sus oficinas, permanecían hipotecadas, y los graves intereses no permitían reducir el capital prestado. Don Samuel no era tonto, sabía perfectamente lo que el hijo quería y no podía decirle. Pero la nuera sí se atrevió y se lo soltó muy claro: -Si usted aceptara irse a vivir con nosotros, nuestros problemas se solucionarían, podríamos vender

este caserón y que mis hijos mayores terminen sus carreras.

En silencio, él contestó que no, les dijo que cuando se casaron ya habían recibido ayuda, que aquí podían ser educados sus nietos, que cuántas veces hicieron viajes de paseo y jamás los invitaron, que su esposa murió sin saber del cariño de sus nietos porque nunca habían terminado su carrera; que en sus tiempos, se recibía el profesionista y se ponía a trabajar, no entendía porqué ahora, de un estudio seguía otro, y otro, y otro, y ¿entonces, cuándo iban a trabajar y a recompensar a sus padres, sus amorosos sacrificios?, y además, él no podía dejar su "Trote", sus urracas, su jazmín, sus periódicos, su café, su mecedora, su viento, el recuerdo de su esposa, en una palabra: su patio.



Pero como el silencio otorga, la nuera contó a su marido: -Ya hablé con el viejo, no dijo que no, así que pídele las escrituras-. En una semana el hombre perdió no sólo el patio, sino toda su morada y fue a dar al cuarto de visitas. Cuando reclamó su intimidad, le dijeron que esas eran chocheces y ya se le pasarían.

El único bien que encontró allí fue a Tomasín, pero como iba a la escuela, hacía tareas y salía a jugar con otro vecinito, también lo veía poco. La nuera le asignó la lavandería como sustituto de su patio: un cuartito donde el ruido de la lavadora y la secadora no permitían concentrarse en algo.

Una vez llamó la vecina preguntando por don Samuel, la nuera contestó que estaba dormido, y lo dijo fuerte para que lo oyera su suegro: -Hasta sentado duerme, por eso no le hablo. Esa fue la gota que derramó el vaso, don Samuel le dijo en silencio: -Dormido me quieren ver pero para siempre. Desde ese día se negó a comer. Ni siquiera cuando Tomasín le propuso: -Si no quieres que te vean los demás, yo me traigo la comida y comemos nomás tú y yo; él no quiso aceptar.

El ayuno duró nueve días, el cuerpo del hombre protestó y fue llevado al hospital; de allí salió con los pies por delante. El que más lloró fue Tomasín quien adoptó una mirada furibunda cuando veía a sus padres.

Cuando volvieron sus hermanos, para entonces casados, cuatro años más tarde, Tomasín les dijo: -Nada quiero tanto en la vida como recuperar la casa de mis abuelos, por ello no quiero estudiar, sino trabajar todas las horas del día. El hermano mayor captando lo que realmente quería decir el adolescente, le respondió: -Lo sé, y eso será muy pronto porque se la debemos al abuelo, ¿verdad? Y Tomasín, sonriente, se imaginó en aquel patio donde alguna vez visitó al abuelo.

